

CÁNTARO

Revista Literaria

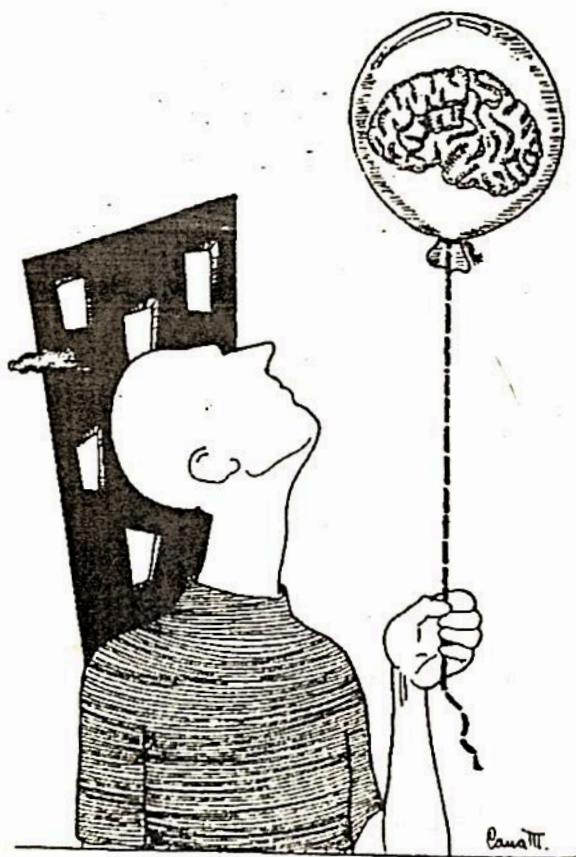
Año 1 N° 1 Octubre 1996

FLORES
ORNITORRINCAS

Wertheman
Silva Santisteban

OSMOSIS
PROSAICA

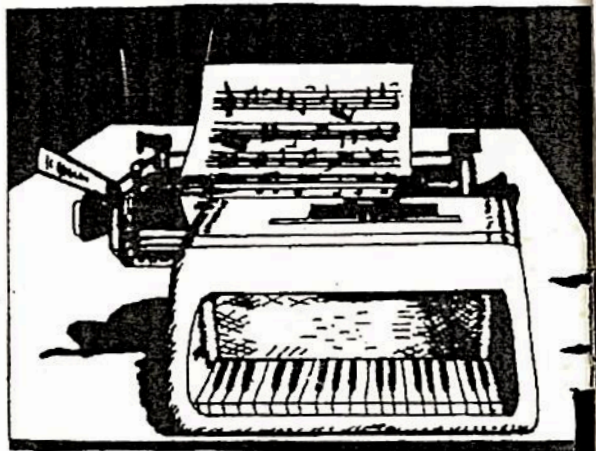
Santiago
Ubía Alzamora
Granda Rangel



PREFACIAL

Ojos entornados:
 Maybelline. Cutis suave,
 de fruta: Ponds, Unique.
 Labios, besos rosados:
 Revlon. Piel elástica: Ele-
 na Rubinstein. Frente, me-
 jillas de seda y cuello de
 porcelana: Lancôme y
 Estée Lauder. Voz, alma y
 aliento: Listerine. Aura:
 Jean Naté, eau de toilette.
 Manos yemas de cárcias:
 Hinds. Sonda trasparen-
 te. íntimo nimbo: Fa,
 Rexona. Halo, cabel!o
 almohado: Alberto VO5.
 Brazos extensos, vientre:
 Camay. Pies de ballet:
 Johnsons. Músculos, cuer-
 po envuelto: Cántaro.

OBSERVACIÓN



Todo se puede resolver con asdf ñlkj.
 D.M.

(C)réditos

Cuidado de la edición : Mario Granda, Carlos Wertheman, Luis Renteros.

Colaboradores : Angel Besso, Miguel Fujita, Laura Arcos, Karla Moreno,
 Giancarlo Stagnaro, Paula Tapia, Lito Nava (Canatti).

Imprenta : Myscatonic University Press

Los Cardúmenes 567 , O.P.

(alt. cuadra 58 Av. Brasil)

Teléfonos : 479-1058 423-1041.

Pandora visitando a un Penitente

Desconoces tus palabras
 tus significados
 tus articulaciones
 Emerges entre los jirones de piel
 no estás húmeda
 ninguna mácula sobre ti
 Ven a mandarte en mis manos
 desprende las cadenas que me fijan a la roca
 (El vigía no mira ahora)
 incluso el fuego que te calienta fué mi dádiva
 sentencia de carne
 en el tope de los cielos te observan
 no temas
 eres pura, intocable
 la frialdad de mi hábitat te cubrirá
 protección que ni invocas, ni agradeces
 liberarme.
 Tú, esposa de mi hermano
 pérdida del ingenuo y menos sabio
 arrójate el futuro pero libera mi presente
 sigues inmaculada, tan poca humedad sobre ti
 eres hechura de un dios
 (o de muchos)
 eres capricho de todos ellos
 libérame o huye como hasta ahora.

CARLOS WERTHEMAN

La Caperucita Roja

Primero

La Caperucita Rouge quiere ir a visitar a su abuela enferma; su mamá le prepara unos tamales de chanco. Contraria a las demás madres de las caperucitas, se olvida prevenirle de hablar con extraños. Pero mejor dejémoslo así, quizá no le sea necesario saber que lobos feroces o hienas salvajes campean por el bosque. Después de todo, los tamales están demasiado buenos para que se los coma alguna de esas bestias, y sería lamentable que se echen a perder en estómago ajeno.

Segundo

La niña toma el camino muy alegre, cantando un bolero, hasta que de pronto aparece un lobo gigantesco. Muestra sus monstruosos colmillos:

-¿A dónde vas?

Caperucita Rouge, minúscula y coloradita, responde de buenas maneras que irá donde su abuela que sufre de reumatismo, y que le lleva unos tamales sin ají. Y sin que el lobo preguntase de nuevo, añadió que vive en el tercer jardín del tercer rancho del tercer valle. El animal, apurado, se despide de ella tomando el camino de trocha.

Tercero

Los jazmines de la casa de la abuela adornan la entrada. El lobo entra intempestivamente, y luego de un par de zarpazos y uno que otro mordisco, se traga a la abuela. Rápido, se viste de vieja enferma y se mete a la cama para esperar a la Caperucita Rouge. Ésta llega luego de un momento, y atónita, contempla el rostro deformado de su abuela. La nariz es un hocico húmedo, las orejas son puntiagudas, las manos garras peludas, los dientes colmillos, y, sobre todo, emana un hedor insoportable, en vez de oler a colonia de margaritas.

Caperucita Rouge, de acuerdo al relato, no se da cuenta de lo que pasa. Pero cuando el lobo le dice que tales transformaciones físicas se debían a la falta de calcio y tetracloruro de carbono, reacciona por fin. Retrocede algunos pasos y grita:

-¡Aaaaah!

Y sale corriendo con la canasta.

Cuarto

El lobo la persigue alrededor de la casa del tercer jardín del tercer rancho del tercer valle con la lengua afuera y babeando gruesas gotas de saliva. Felizmente, siguiendo los preceptos del cuento, un cazador pasaba por ahí, y le disparó dos cartuchos al cuadrúpedo. Gracias a esto, Caperucita Rouge se salvó de ser despedazada por las terribles fauces del lobo vestido de vieja. El cazador abrió con un cuchillo el estómago del animal y la abuela pudo salir al fin. Llena de alegría, aunque manchada por las entrañas ensangrentadas del lobo, corre donde su nieta y la abraza.

Quinto

La abuela se limpió e invitó al cazador a su casa para comer lo que había traído su nieta. A parte de todo, y después de acabar todos contentos, el cazador comentó que a los tamales les faltaba ají.

MGR

VIAJE AL PAÍS DE LOS ESPÍRITUS

Por si no lo saben hay un lugar donde habitan los ciervos. En ese lugar hay una fuente, así como unas estatuas cubiertas de un polvo eterno. Árboles azules circundan la fuente donde el agua es clara y limpia como el aire. Allí habitan los ciervos, y en las noches profundas, cuando las estrellas parecen palidecer en el cielo, salen en busca de los frutos de oro. Yo me topé con uno de ellos y lo seguí, misteriosamente, pues sentía un gran temor en medio de la oscuridad y de la niebla. Vi que se dirigía hacia el bosque de los espíritus y de las ánimas. Allí se encontraban los frutos de oro: los vi relucir por entre el denso follaje, y vi al ciervo coger varios de ellos antes de emprender el regreso. La ambición me hizo desear esos hermosos frutos, y sin vacilar me adentré en el bosque con el fin de coger cuantos pudiera. Tras comprobar que no se me caerían, hui corriendo como un loco con mi hermoso e inapreciable botín. Sin pensarlo, mis pasos me llevaron hacia la fuente rodeada de estatuas cubiertas por ese polvo eterno, y al verme reflejado en sus aguas, me vi convertido en este hermoso y rojizo ciervo que soy, y que en las noches profundas, cuando las estrellas parecen palidecer en el cielo, se dirige hacia el país de los espíritus y de las ánimas con el fin de dar principio a un rito tan antiguo como gris e inexplicable.

JORGE SANTIAGO

CONDENADO AMOR

Y OTROS POEMAS

¿Es este un lamento de amor?

¿Acaso estamos preparados para el amor?

No tenemos ni los labios enfurecidos

Ni los ojos transparentes

Ni tenemos esas manos ansiosas que buscan apretarse
contra un pecho palpitando

Tampoco tenemos uñas que intenten desgarrar un
rostro

Ni ánimo osado para permanecer en la lucha con las
armas dispuestas

Ni un brazo que se alce victorioso sobre los cuerpos
mutilados.

¿Acaso es ésta una plegaria por amor?

¿Intentamos beber de su agua con temor
a envenenarnos.

Por no permanecer paralizados de tanta
sequedad?

Ni uñas, ni manos, ni ánimo, ni brazos,

Sólo esa mirada que lee en mis ojos el rostro de la
Luna

Y estos ojos que giran por ti hacia tu pálida luz.

¿Acaso esto baste para la garra del Amor?

¿Acaso esto sea suficiente?

Ven, acójeme en tu pecho, quedémonos quietos

Sin esperar nada más

ROCIO SILVA SANTISTEBAN

ME PLEN TUBOS (Lima), EL SAVO ORICO EDICIONES,

1994). GUAYABO, (Lima, E.S.O.E., 1996)

Los Sonámbulos

Sólo gracias a aquellos sin
esperanza, nos es dada
la esperanza.

Walter Benjamín

EN CASA NO pudimos dormir esa noche, la abuela dio vueltas y trajinó hasta muy tarde. Entró a la habitación y arregló tus cosas, sacudió el polvo y luego echó doble llave; no permitió que nadie derramara una lágrima más. Había avisado a toda la parentela, te conocían desde pequeño, les debe haber pesado como a nosotros, de seguro se revolcaron con sus camas, inquietos, apretando los dientes llenos de rabia, sintiéndose impotentes, esperando con desesperación que amaneciera. A ella la vi arrecostarse en sus silloncito de mimbre, abanicarse las penas en la soledad de la sala, renegar su cólera en la penumbra, con una manta cubriendo sus piernas, tosiendo de rato en rato, con el pelo cano recogido con un pañuelón de seda negra.

-Vivo se lo llevaron, sanito -haciendo un gesto con las manos- y él, inocente, se fue con ellos -explicaba la abuela.

Se tuvieron que abrir todas las puertas y aún así no cabía la gente, la casa rebalsaba, estaban en los patios, apelonados en la sala, apoltronados en el comedor, almacenados en la cocina; y seguían llegando de todas partes, familiares de esos que se pierden durante años en el monte y de los cuales apenas sabemos que viven; y se fueron apretujando uno contra otro y algunos terminaron en el corralón con las gallinas picoteando por aquí y por allá entre sus piernas y Cual, el perro chusco de la abuela, que acostumbraba rascarse sus pulgas cerca a las personas, recibiendo patadones y lárgate de aquí de todo mundo; y por el camino real, los bultitos se iban haciendo más nítidos y la abuela les daba nombre de cristiano.

-Mentir, sólo para eso sirven, para placa y autoridad, para eso pistola y uniforme; los tonteaban, no sabían responder, estaban muy nerviosos se negaban «yo no estuve anoche, yo no sé nada seño, al mayor, a él pregúntele». Pero los había visto, jamás en lo que me quede de vida me olvidaré de sus caras, bebiendo y bailando, así los encontré, emborrachándose llenos de disfuerzos, con unas mujeres que no son del pueblo, y quien diablos sabe de dónde habrían traído. Si de cerquita los había mirado como no los iba a recordar. Luego apareció el encargado, zalameroso con el solo, algo se traía me decía para mis adentros, su voz era áspera, y a pesar de los adulón se le notaban los muñecos, no paraba de fumar, me invitó a pasar a su oficina, «no quiere una gaseosita, pase, siéntese, póngase cómoda», y me las empecé a oler, sólo quería que me respondieran, dónde estaba mi nieto, entonces él perdió la compostura, se le congestionó el rostro y tosió brevemente, «¿su nieto era cardíaco o débil de los pulmones?», y yo lo insultaba, ¡asesino! le enrostraba y él me quería explicar, 'por desnudarlo se ha muerto, de verdad señora, no se ponga así, nada le hemos hecho y él solito se ha muerto», ¡asesino!, repetía, no me cansaba de gritárselo, entre tres me agarraron, como le van a mentir a una, ¿eso es justo?, ¡díganme! -preguntaba la abuela ante el rumor sordo y los gestos de desaprobación- ellos acaso no tienen madre -acotaba desafiante.

EL SOL salió de medio lado, corría una brisa fresca de otoño, arrastrando polvo y pajitas, arrojando hombres y mujeres sobre la casa, inundando el camino, voces, sombras, amenazas, cuanta cosas por ti. Chunchito, del pueblo, del monte, de todos los lados preguntando por ti y por la abuela por todos nosotros.

-Nunca me lo aclararon, estaba denunciando, aducían, por robo de un arma, me dijeron, así en un papel un tal Huamán lo acusaba directamente me mostraban; pero ahí ni siquiera lo mencionaban, por su apodo nada más «Chuncho», y por su pelo largo, por eso lo habían reconocido, ¿se dan cuenta?, pero si desde que volvió del servicio siempre tuvo el cabello corto, de chico había sido pelucón, pero en el ejército me lo compusieron, un hombrecito lo hicieron, malcriado y responden se puso un tiempo, un poco difícil, tenque ser padre y madre, y trabajar duro, él estaba chico todavía, y las mal juntas, me lo enviaron, con eso del billar y el cigarrito, y no paraba en casa, sino como mataperro por aquí y por allá; así que hablé con mi compadre Eulogio, como él es capitán, me ayudó, a patada le quitaron los vicios, derechito me lo volvieron, y ahí nomás salió y primerito en la universidad, ya era otro, más juicioso, con nadie se metía.

Su voz parecía crujir desde adentro, como un pitido ahogado, así como crepita la leña seca a arder con el buen fuego, todos quedaron en silencio, escucharon sus explicaciones, fustigando sus vehemencias, saludando sus imprecaciones, pidiendo que se calmara, entonces lo decidieron, después to empezaron a marchar por el camino que va al pueblo.

-»No se preocupe, señora, un rato más y sale«, ya estaban mareaditos, todo era insultos y malas palabras, tenía miedo, no vayan a maltratarlo, no me quería ir, pero él me rogaba, «váyase abuelita, este no es lugar para usted, váyase -insistía- un rato más y seguro me sueltan», así me rogaba con pena, como adivinando lo ue iba a suceder.

Nos miraron con desconcierto, fuera de aquí, decían, váyanse, con el recelo, así no trataban nosotros sin responderles, y la abuela iba al frente, como sonámbula, apenas se le notaba entre la muchedumbre y salió el Mayor preguntando si estábamos locos si queríamos nos metieran a todos el calabozo, y nadie tuvo miedo, y Juanchito los reconoció y empezó a señalarlos, «esos -decía-, esos fueron los que se lo llevaron», y nadie se aguantó, lo hubiera visto Chunchito, como si despertaran que nadie diera la orden, juntos hasta tocar el suelo, y sondearlo con nuestras manos, y aferrarnos a una piedra, a un puñado de tierra, a lo que encontráramos, deshaciendo terrones, descascando lajas empedrado de la plazuela; arrojándonos nuestra furia, y los escupíamos, y la abuela les gritaba asesinos, y ellos que nos calláramos, y nosotros gritábamos más fuerte, que nos maten pues, también a nosotros, decía la abuela, y nadie tenía miedo como tú Chunchito, valientes, igualito, y nos quedamos parados, roncós, y agitados, y las lágrimas nos saltaban a los ojos, y a mí la nariz me picaba y nos movimos por ti. Chunchito, ni cuando ellos empezaron a disparar.